

Retiro Cuaresma y Semana Santa

“Más oración, más familia”

Marzo 2010 P. Carlos Padilla Esteban

1ª Charla: “Más oración”

A. « ¿Quieres quedar sano? »

Con frecuencia me llegan personas y me dicen que no logran rezar, que no saben hacerlo. Llegan convencidas de que yo, como sacerdote, tengo todas las claves. Sin embargo, como con frecuencia le digo a algunos: “*Yo te puedo dar la absolución, no la solución*”. Porque, la verdad, cuando nos enfrentamos con este tema, no hay recetas infalibles, sólo métodos, propuestas y caminos que son una ayuda para aprender a rezar. Además, siempre pienso: “*¿Qué puedo enseñar yo?*” Rezar nos exige poner el corazón en disposición para el encuentro con Dios. Rezar presupone la actitud de Zaqueo, que, debido a su poca estatura, necesitaba subirse al árbol para ver al Señor y así, fue el Señor el que se fijó en él. Rezar entonces tiene un presupuesto previo: vaciarnos, para que Dios pueda tomar morada en nosotros. Rezar es dejarnos tocar por el agua de Cristo, por su agua viva que transforma y da vida allí donde llega.

El otro día vi un programa de televisión sobre la selva y los cambios que producían las estaciones del año. Era impresionante ver cómo el agua lo transformaba todo, despertaba la vida y generaba cambios muy profundos en la naturaleza. Nacían las crías, crecían o morían, las más fuertes sobrevivían expuestas a los depredadores, y todo rebosaba de vida. Por otro lado, al llegar la época de la sequía, todo moría lentamente. Los animales se alejaban buscando agua y alimento y sólo quedaban la tierra seca, los buitres carroñeros y pocos animales más a la espera del regreso de la estación de lluvias. Pensaba en lo importante que es el agua para la vida, para el mundo. La tenemos al lado y no la valoramos. Sólo cuando nos falta la echamos de menos. El agua es purificadora y limpia el alma. El agua es portadora de la vida y del espíritu. La oración es el agua que nos transforma, cambia el paisaje seco de nuestra alma y permite que surja la vida con fuerza. El otro día precisamente escuchábamos esta lectura: “*Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: « ¿Quieres quedar sano? » El enfermo le contestó: « Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado. » Jesús le dice: « Levántate, toma tu camilla y echa a andar. »* Jn 5, 1-3.

El enfermo del Evangelio llevaba 38 años paralítico y nadie lo acercaba a la piscina. Estaba cerca de su salvación, cerca del agua que le iba a devolver la vida y no podía llegar. Lo veía todo tan a mano y ya llevaba nada menos que 38 años esperando el milagro. Me impresiona, porque pienso en tantas personas enfermas del alma, que tienen también cerca el agua de Dios, y no son curadas. Bien porque no se atreven, porque no logran dar el paso;

o bien porque nadie les ayuda a llegar a la fuente de vida que es Dios. Pensaba en tantas almas que sufren la sequedad de su vida, que no gozan del agua del Espíritu y que viven angustiadas, con miedos y sin la vida que viene del cielo. Pensaba en tantos que llevan muchos años escondidos detrás de muros de piedra, de construcciones sólidas que logran blindar sus emociones y sus corazones heridos. Pensaba en tantos paralíticos del alma que no saben amar, que se buscan egoístamente y que no exponen ante nadie sus verdaderos sentimientos. La piscina es el agua de Dios, es el agua que brota del Santuario, es el agua que se recibe en la oración. Por eso es tan importante vivir cerca del agua, porque donde hay agua brota la vida. Por eso nos retiramos hoy a rezar, para estar cerca del agua, para que el agua que brota del corazón de Dios sane y limpie nuestro corazón enfermo.

La oración es el tema que nos acompaña en estos días cuaresmales y de Semana Santa. Se puede hablar mucho de la oración, pero, en realidad, lo que hay que hacer es rezar, aprender a rezar, darnos el tiempo necesario para que Dios, con su agua, entre en nosotros. El otro día me preguntaba una persona: "*¿Qué tengo que hacer para amar más a Dios?*" Buscaba, como nos pasa con frecuencia, recetas válidas con las que lograr su objetivo, un objetivo maravilloso: amar a Dios con todo el alma, con todo el ser y con toda la mente. Y sentía que su oración no le daba vida y no lograba llenar su corazón con el agua que procede de Dios. Es verdad, no es fácil amar así, con todo el corazón, sin embargo, es lo que anhelamos. Porque sabemos que si amamos así nuestra vida va a merecer más la pena. Yo le decía a esta persona, que, en realidad, no hay recetas. Eso sí, hay un método. Porque la pregunta es la misma que le hicieron los discípulos a Jesús cuando ellos también querían aprender a rezar. Y el método es siempre el mismo: "*Despréndete de todo lo que te ata, libérate de tantas esclavitudes y deja que Dios te lleve cerca suyo; no temas, no te inquietes, no pretendas emociones profundas, sé fiel y deja que Dios vaya transformando ese corazón tuyo que se resiste, no tanto a amar, sino a ser amado*". Así somos todos y por eso queremos aprovechar este tiempo de gracias que Dios nos regala para profundizar más en el mundo de la oración y, lo más importante, para dejar que Dios nos toque con su gracias y nos enseñe a amar más. Sólo si nos dejamos amar, Él va a lograr que nuestro corazón pueda a amar más profundamente a los que nos rodean. En la oración recibimos el amor de Dios, nos sabemos amados y podemos ser "*más familia*", porque podremos amar más.

He querido tomar, como referencia, para empezar el tema, una leyenda muy interesante que refleja muy bien dos actitudes ante la vida, ante Dios en nuestra oración. Se trata de la leyenda de dos leprosos que ilustra muy bien cuál debe ser nuestra actitud en esta Cuaresma para contagiar la alegría verdadera. Dice así: "*El niño Jesús acababa de nacer y dos leprosos, amigos de los pastores, llegaron a adorarlo. El primero le dijo: "Hijo del Altísimo, Tú que acabas de nacer, cúrame de la lepra". En ese mismo instante fue curado. El segundo leproso, se acercó al niño y ante el estupor de María, de José y de los pastores, se contentó con decirle: "Jesús, yo quisiera simplemente, posar mi mano sobre la tuya". María lo invitó a acercarse. Todo trémulo, el leproso posó su mano sobre la del Niño Jesús y se marchó siempre con su lepra. El leproso que había sido curado pronto se olvidó de la lepra y se convirtió en un hombre de corazón duro. La desgracia de los otros le dejaba indiferente. El segundo leproso continuó su vida de miseria hasta el día en que un niño en lágrimas, que pasaba a orillas del camino, vino a refugiarse en sus brazos. Muy conmovido el leproso puso su mano sobre la del niño y éste fue colmado de tal alegría, que salió corriendo a contárselo a sus padres y amigos. Desde ese mismo día, todo el que colocara sus manos entre las del leproso, salía con el corazón lleno de una alegría incomparable*". En ocasiones llegamos a Jesús a pedir que nos cure, que calme nuestra hambre y cierre nuestras heridas. Venimos con la enfermedad, con nuestras heridas abiertas, con los pecados que nos quitan la paz y nos hacen frágiles. **Suplicamos entonces que Jesús nos libere de ese peso insoportable, para**

poder caminar con paz y sin el peso de la cruz.

Sin embargo, esta breve leyenda nos propone un camino distinto. Se trata del camino que nos lleva al encuentro personal con el Señor en nuestra vida. Que nos lleva a pronunciar con el alma dos palabras claves: *“Sí, Padre”*, la actitud básica de nuestra oración. El segundo leproso sólo quería tocar a Jesús Niño, no quería irse sin la lepra, quería estar con Él. En su enfermedad se llevó grabado el rostro de Cristo y, al rozar su herida, todos se llevaban la alegría de Dios. Por eso hoy, en este retiro, nos preguntamos: *¿Qué deseamos en el fondo del corazón?* Sabemos que lo que brota de nuestro corazón de forma natural es el deseo de ser sanados para siempre y liberados de todo dolor o angustia. Nos cuesta aceptar la cruz y el sufrimiento. Nos negamos a asumir una vida signada por la cruz y el dolor. Por lo tanto, la actitud del segundo leproso, sólo es posible si se da en nuestro corazón la conversión. Hoy pedimos ese don que es la santidad, porque vivir así sólo se hace realidad por un milagro de Dios en nuestra vida. *¿Cómo es posible, si no, querer sólo tocar a Jesús en nuestro dolor, sin bajarnos de la cruz, sin que llegue a cerrar nuestra herida del alma?*

Me toca verlo muchas veces. Hay cruces que no desaparecen, hay heridas que no cicatrizan nunca y pecados que no se extinguen. El corazón desea que desaparezca el dolor y vivir siempre con paz. El corazón se rebela ante la Semana Santa, ante el dolor del Viernes santo, ante la muerte injusta, ante el final grotesco de una cruz abandonada en lo alto del Gólgota. No amamos la cruz, la besamos pero no la amamos, deseamos que Dios nos quite ese aguijón que lacera nuestra carne. La cruz, las heridas, la enfermedad y las tragedias nos desconciertan. Hace poco hemos visto a miles de persona sufrir en Haití, en Chile, en Turquía. Pérdidas materiales. Dolor físico y espiritual. Soledad y abandono. **El sufrimiento nos abre el corazón** y nos capacita para la misericordia. Nuestras manos con lepra se convierten en camino de salvación para el que sufre. Nos acercan. **Una religiosa del Jesús María, comentaba desde Haití:** *“¿Cómo puede cambiar la vida en cuestión de un minuto? Solo Dios sabe”*. Lo ocurrido nos confronta con la **fragilidad de nuestra vida**. En un minuto puede cambiar todo como ha ocurrido hace poco en Chile. Y nosotros nos creemos propietarios del futuro, pensamos que todo está a nuestro alcance, que somos pequeños dioses. Ante la cruz entendemos que el final no puede ser ese silencio negro de la muerte. Cuando todo se derrumba y tiembla ante nosotros, sólo la esperanza en una vida plena ya sin muerte puede darle sentido a la oscuridad. Sin embargo, no es fácil enfrentar el dolor y la muerte. No es fácil aceptar que puedan morir nuestros sueños y esperanzas humanas, cuando toda nuestra vida ha estado centrada en ellos. *¿Cómo se puede preparar el corazón para algo así? ¿Cómo se puede volver a comenzar cuando todo se derrumba, cuando los seguros que teníamos caen y nos dejan desnudos?*

El otro día llegó a mis manos un libro: *“Más fuerte que el odio”*. El autor, un hombre magullado por su historia y lleno de cicatrices, un hombre rechazado y no amado. Sin embargo, desde el dolor y la soledad, fue capaz de iniciar un nuevo camino y darle así la vuelta a su vida: *“Siempre he creído en el milagro. Ahora no tengo más que un miedo, el de no amar lo suficiente”*¹. No nos lamentemos de nuestra suerte, no permanezcamos sufriendo en silencio junto a la piscina, con miedo a dar el salto, paralizados. No nos angustiemos pensando que estamos condenados a la infelicidad. Podemos amar y sólo el amor le da sentido a nuestra existencia. Es el mismo camino del leproso que carga con su llaga abierta. Para ello es necesario el perdón, la reconciliación con nuestra

¹ TIM GUÉNARD, *Más fuerte que el odio*, 15

historia que tanto nos duele, porque nos ha sido impuesta. Decía el autor de este libro: *“Doy fe de que el perdón es el acto más difícil de plantear. El más digno del hombre. Mi combate más hermoso”*². Nuestra historia permanece para siempre en nuestra alma mostrando sus cicatrices. La falta de perdón nos esclaviza y nos hace huir de nosotros mismos y así caminar de puntillas sobre nuestro mundo interior. Con miedo a despertar nuestro dolor dormido. Sin embargo, es nuestro pasado, con su grandeza y su pobreza, aquel que Dios ha permitido en nuestra vida. Estamos hechos para el amor y nuestra parálisis puede impedirnos abrirnos a la vida. En estos días colocamos ante Dios lo que más nos duele, nuestra historia cargada de heridas, nuestra vida que se resiste al cambio, nuestras cruces no asumidas y no amadas. Hoy suplicamos a Dios y a María el don del perdón y de la vida. El don de poder volver a caminar y soñar con las más altas cumbres. El don de aprender a rezar, para recibir como un baño de vida todo el amor que brota del corazón de Dios.

Todos anhelamos quedar sanos. Cuando Jesús, como al paralítico del Evangelio, nos pregunta: *« ¿Quieres quedar sano? »*, respondemos que sí. Porque queremos amar más, porque sabemos que estamos hechos para una vida plena, porque queremos correr y no quedarnos quietos. Llevamos impreso en el alma un deseo de infinito, continuamente insatisfecho. Deseamos más de lo que somos y no nos conformamos con una vida mediocre. Así llegamos a Dios, así, como los discípulos, le pedimos al Señor que nos enseñe a rezar, a confiar en Él y a descansar en su regazo. Queremos quedar sanos para correr, pero no soltamos la camilla que nos recuerda las heridas que cruzan nuestra vida: *“Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar”*. La camilla es nuestra historia, representa nuestras heridas, algunas siempre abiertas, nos recuerda nuestras limitaciones y pecados, que nos muestran de qué barro estamos hechos. Hoy miramos a Dios y suplicamos. Hoy nos arrodillamos y nos dejamos hacer por sus manos de Padre.

B. La audacia del Padrenuestro: Una sabiduría santa como camino de vida

La oración del Padrenuestro, que con tanta frecuencia rezamos, recoge en su interior una verdadera escuela de oración. Los discípulos querían aprender a rezar y le piden a Jesús que les enseñe. Como muchas veces hacemos nosotros cuando iniciamos nuestro camino de fe. Y Jesús comienza dirigiéndose al Padre: *“Padre nuestro que estás en los cielos”*. Comienza con el reconocimiento de nuestra condición de hijos. Y nos dirigimos a un Padre, a un papá bueno, que nos espera siempre con los brazos abiertos. Nuestro sí audaz a Dios es un sí audaz de hijos, que están dispuestos a vivir la vida con la libertad de los hijos de Dios. Ya nos lo decía el **Padre Kentenich**: *“Hay que asumir el riesgo del amor, cueste lo que cueste. Cuanto más cruz y sufrimiento padezcamos, cuanto mayor sea el desamparo, tanto más sabremos qué es lo que Dios quiere: Ligar a él toda la fuerza de nuestro amor”*³. Sin embargo, no resulta fácil mirar con paz la cruz y el sufrimiento, mirar al Padre con confianza y abandonarnos. Lo sabemos. Sólo lo podemos lograr con la ayuda de la gracia. Ese sí audaz es obra de Dios en nosotros, de su vida transformadora. Para ello debemos emprender el camino de conversión una y otra vez. Nos enfrentaremos con nuestra pequeñez en todos los sentidos, en la debilidad y en el pecado. No nos sorprenderemos ni caeremos en el pánico ante lo que tenemos delante. Al contrario, tomaremos nuestra vida en las manos, en nuestras manos llagadas, y se la

² *Ibíd*em

³ J. KENTENICH, *Niños ante Dios*, 328

entregaremos a Dios como niños confiados. Sólo así podremos experimentar la paz de vivir cobijados totalmente en el corazón de Dios y de María. Decía el P. Kentenich: *“Sólo debo preocuparme de vivir despreocupado. No por soberbia, sino porque el Padre es el que empuña el timón de la barca de mi vida”*⁴. Así deberíamos aprender a vivir, para poder descansar siempre y dejarnos gobernar por Dios. El Padre Kentenich decía que la fuente de la filialidad, de la verdadera infancia espiritual, es una sabiduría santa: *“La sabiduría es la fuente de la simplicidad”*⁵. Se trata de la sabiduría del cielo. La infancia espiritual es el camino que nos lleva a un desapego del mundo, entendiendo por mundo todo lo que ejerce una influencia negativa sobre nosotros, o pretende esclavizarnos de manera desordenada. El camino es renunciar a la sabiduría no santa, que nos apega al mundo.

Por eso es posible, y sólo así, anhelar que se hagan realidad en nuestras vidas las dos primeras peticiones: *“Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino”*. No podemos convivir con ambas sabidurías. Optamos por el Reino de Dios, por su amor hecho carne, por su presencia que nos transforma la realidad en la que vivimos. Si no lo hacemos, si no dejamos que su Reino viva en nuestros corazones, estamos condenados a la mediocridad. Los niños de Dios viven una sabiduría que no es de este mundo. Sólo así es posible mantenernos lejos del espíritu mundano y permitir que el su Reino llegue al mundo. A lo largo de la historia de la Iglesia, el hombre religioso ha buscado la huída del mundo, como único camino para adquirir una sabiduría de Dios. Pero muchas veces, el corazón, retirado en su celda, tratando de vivir en silencio, puede permanecer igualmente anclado en el mundo que se ha traído consigo. Sólo renunciando a esta sabiduría del mundo podremos abandonarnos en las manos del Padre y permitir que venga su Reino y su nombre sea reconocido como santo. Es la verdadera sabiduría santa que nos eleva y nos permite descansar en Dios, vivir en Él y soñar con la vida que nos propone. Suplicamos que su Reino venga y cuando Cristo reina, santifica todo lo que toca. Lo que sucede es que no es fácil dejarle reinar, nos resistimos y queremos seguir llevando las riendas de la vida.

Cristo ha puesto en nuestro corazón el anhelo por un mundo lleno de paz y armonía, por un Reino nuevo que no es de este mundo. El deseo de que su Reino se haga realidad vive en cada hombre. Es un mundo ideal y real en Dios, que deseamos y con el que soñamos, al compararlo con el mundo que nos rodea, pobre y limitado. Al mismo tiempo, nos da un camino para recorrerlo, vivir una sabiduría santa, vivir la infancia espiritual; y herramientas para enfrentar la vida, anclados como niños en su corazón paternal. No pretende que huyamos de nuestra vida limitada, torpe, llena de pecado y esclava. Al contrario, nos pide que la tomemos con humildad en nuestros brazos, y caminemos a su encuentro camino del Calvario. Nos enseña sólo una sabiduría santa para aprender a vivir, para que no nos autodestruyamos, ni destruyamos a los que queremos, logrando que su Reino se haga realidad. Nos pide que vivamos en sus manos para no tratar de controlarlo todo, prescindiendo de su amor. Esa sabiduría de la que hablamos es la de los santos y los mártires. Es la de todos aquellos que supieron vivir en Dios y hacer de Él un camino de salvación. Es un camino en el que hay cruz y dolor, sacrificio y entrega. No es un mundo sin sufrimiento, porque eso sólo será posible en el cielo. No podemos huir de él, porque es nuestro único camino para volver a casa y volver a nacer. Por eso no es la huída el camino y por eso, hoy más que nunca, nos hacen falta santos a los que seguir. Santos

⁴ *Ibíd.*, 333

⁵ *IBÍDEM*, 367

que nos muestren la verdadera sabiduría de vida aquí en la tierra. Santos con sus llagas abiertas y con sus heridas redimidas, que nos muestren al Dios vivo.

Hace falta mucha audacia para rezar el padrenuestro con frecuencia, sobre todo cuando nos detenemos en la tercera petición: *“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”*. No comprendemos lo que estamos pidiendo cada mañana. Lo pronunciamos con los labios, pero cuesta que cale el corazón. Pedirle a Dios que se haga su voluntad es estar dispuestos a querer lo que Él quiera, aunque en un principio no sea lo que el corazón desea. El **Hermano Rafael decía:** *“Está visto que la única ciencia posible en el mundo es colocarnos donde Dios nos tenía destinados... y una vez que acertamos a saber su voluntad, entregarnos a Él con todo el corazón”*. Es necesaria esa audacia de Dios para decirle que sí a su Voluntad en todo momento y entregarle con libertad el corazón. El **P. Kentenich** nos invitaba a ser audaces para abrazar el querer de Dios, aunque sus deseos aparecieran entre luces y sombras. Es fundamental pedir la gracia, suplicar la gracia, porque no somos capaces de decirle que sí a Dios por nuestros propios medios humanos. Hace falta que el Espíritu de Dios nos transforme, ablande nuestra rigidez y nos libere de nuestras cadenas. No obstante, antes es necesario descubrir lo que sueña Dios para nosotros, descifrar sus planes inmensos y plenos. La audacia para pronunciar el padrenuestro es la audacia de los niños, de los pequeños, que son los que pueden aspirar a un grado máximo de amor: *“No hay virtud como el amor que modele profundamente nuestra alma”*⁶. Es fantástico cultivar otras virtudes, pero ninguna transforma tanto al hombre como el amor verdadero. El amor recibido y entregado. El amor de los hijos que acogen confiados la voluntad de Dios. La oración pretende nuestro crecimiento en el amor y en el abandono. Hace falta mucho amor para abandonarnos y confiar. Es necesario que nuestro corazón se ensanche y se haga permeable, para que el amor de Dios lo haga capaz de abrazar su voluntad. La audacia en la fe nos lleva a ser niños y a abandonarnos en las manos de Dios, a dejarnos hacer por Él. Éste es el misterio del padrenuestro, que nos invita a la gratuidad, a vivir confiados y despreocupados. Es la experiencia el niño que ha conocido el amor incondicional de su padre que lo abraza y él se deja querer. Pero, para poder entregarnos audazmente a Dios, es necesario partir de la humildad del corazón, cuando nos dejamos amar por Dios. Sólo un corazón humilde puede acoger gozoso todo el amor de un Dios que se nos da.

La cuarta petición, recordamos que son siete las que encierra esta oración, hace referencia al presente: *“Danos hoy nuestro pan de cada día”*. Pedimos el pan de hoy, el del día presente que nos toca vivir. No buscamos asegurarnos la vida, el futuro. Sólo pretendemos dejar de preocuparnos controlando todo. Decía **S. Cipriano:** *“Con razón pide el discípulo lo necesario para vivir un solo día, pues le está prohibido preocuparse por el mañana”*. Pero además de pedir desde nuestra pobreza por lo necesario para vivir cada día, sólo ese día, esta petición va más allá. Como dice **Benedicto XVI:** *“Si tomamos el mensaje de Jesús en su totalidad, no se puede descartar la dimensión eucarística de la cuarta petición del padrenuestro”*⁷. En esa petición incluimos el deseo de plenitud que tiene el alma. El pan material de cada día no sacia nuestra hambre de infinito. Necesitamos el pan de Cristo, su presencia viva que nos sacia, su carne entregada por nosotros. Aprender a rezar nos lleva entonces a buscar la Eucaristía. En esta petición se esconde el deseo de participar del amor más grande, del amor de Cristo entregado en la cruz. En el hombre existe un deseo insaciable, un deseo que clama por lo infinito. Por eso el

⁶ *Ibíd.*, 327

⁷ **BENEDICTO XVI**, *Jesús de Nazaret*, 192

que quiere aprender a rezar ha de hacer de la eucaristía su alimento diario. Sin esa presencia diaria no crecemos. El pan eucarístico es un pan transformador. Su amor ha querido darse de esa forma sencilla para cambiar nuestra vida. Al comerlo revivimos en su presencia. Al recibirlo, su amor nos transforma casi sin darnos cuenta.

¿Valoramos la eucaristía en todo su significado? ¿Disfrutamos yendo siempre que podemos a misa, cada día?

Tenemos hambre de Dios y Él, a su vez, tiene hambre de nosotros. La Madre Teresa lo expresa muy claramente: *“Cristo tiene sed de vosotras. Siente vuestra falta cuando no os aproximáis. “Tengo sed” es algo más profundo de lo que parece sugerir. “Te amo”. Hasta que no percibáis en el fondo del alma que Jesús tiene sed de vosotras, no habréis comenzado a entender qué quiere ser Él para vosotras. Ni lo que Él quiere que seáis para Él”*. Somos conscientes de nuestra propia hambre de Dios. Sin embargo, nos cuesta más aceptar el hambre de Dios. No entendemos que pueda necesitarnos. Lo hemos oído y con la cabeza aceptamos que Dios pueda necesitarnos para amarnos. Entendemos que necesite entregarse cada día para cada día. No obstante, el corazón se rebela: *“¿Por qué le hacemos falta?”* Cuando captamos esta verdad con el corazón todo cambia. Con esa certeza es posible caminar. Cristo tiene sed y hambre de nuestro amor, de nuestra entrega, de nuestro sí generoso, de nuestra fidelidad heroica, de nuestra miseria, sí, de nuestro pecado. Nos parece casi herética esta afirmación. ¿Cómo puede necesitar nuestro pecado cuando Dios rechaza el pecado? El que todo lo tiene necesita la experiencia de nuestra fragilidad, de nuestra caída. Se conmueve ante nuestro pecado asumido y reconocido. Nos abraza como un padre y se vuelca sobre nosotros.

Cuando rezamos pensamos que es la forma de encontrarnos mejor o tal vez el camino para cumplir nuestra obligación como cristianos frente a Dios. Sin embargo, la oración es más que eso. Es un diálogo. No sólo nosotros necesitamos estar con Dios, descansar en Él y descubrir sus deseos. Él también quiere estar con nosotros. Necesita nuestra indignancia y desvalimiento, desea abrazarnos y gozar de nuestra vida. Dios nos necesita. Es cierto que nosotros más a Él, al menos eso es lo que creemos. Pero creo que hasta el cielo no comprenderemos la infinita necesidad que Dios tiene de nosotros. No somos capaces de comprender su sed y su hambre. Es algo que nos desborda. Pero cuando lo comprendemos, con nuestra limitación humana, somos entonces conscientes de que Dios tiene una misión para nosotros. Descubrimos entonces que Dios necesita nuestra disponibilidad para la entrega diaria, necesita nuestro sí generoso y radical. *¿Se lo damos casa mañana? ¿Tratamos de saciar esa sed y hambre de Dios?*

El padrenuestro continúa acto seguido con la quinta petición, el perdón: *“Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”*. ¡Qué difícil el camino del perdón! Nos cuesta mucho perdonar y aceptar el perdón. Nos cuesta reconocer nuestras caídas y, humildemente, pedir perdón por ellas. Nos cuesta aceptar el perdón de otros. Nos cuesta perdonar al que nos hace daño y, lo más difícil, perdonarlo y tratarlo de nuevo con cariño. Pedro le preguntaba a Jesús cuánto había que perdonar para tener una medida del amor. El amor sin medida nos desconcierta e incomoda. No estamos acostumbrados a tanto. Nos gustaría tener límites, saber hasta dónde se nos exige dar; queremos controlar nuestra entrega y poner límites, no vayamos a darlo todo y muramos en el intento. Nuestro egoísmo y orgullo no nos dejan darnos por entero. Es mejor saber que hasta siete veces sí es necesario perdonar, pero después quedamos liberados de hacerlo. Cuando Jesús le dice a Pedro que ha de perdonar siempre, surgen la duda y la impotencia. La escuela de la oración es una escuela para aprender el perdón. Decía **Benedicto XVI**: *“Dios es un Dios que perdona porque ama a sus*

criaturas; pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien a su vez perdona". No resulta fácil ese primer paso. Hace falta mucha humildad para perdonar al que nos ofende injustamente.

Aprender a perdonarnos es el paso previo, la condición necesaria, para que seamos capaces de perdonar al que nos ofende. Nos cuesta aceptar nuestras imperfecciones y debilidades. Nos cuesta querer los defectos propios y nos resulta complicado querernos como somos, con nuestra historia llena de cicatrices, con nuestras carencias de amor. Siempre queremos ser distintos. ¡Qué pocas personas se quieren como son sin querer ser distintos! Nuestras caídas son el trampolín a lo más alto. Pero se nos olvida al ver la mancha que ensucia el alma. Ser capaces del propio perdón es complicado y nos exige abrirnos a la gracia de Dios. *¿Lo hacemos? ¿Experimentamos el perdón de Dios en nuestra vida a través de la confesión?* Cada vez que recibimos el amor de Dios en nuestra vida en forma de absolución, nuestra vida cambia, se llena de Dios. En esa presencia del Espíritu podemos ser capaces de perdonarnos y, como consecuencia, perdonar al que nos ofende. *¿Experimentamos ese perdón con frecuencia? ¿Nos perdonamos, perdonamos nuestra debilidad, nuestro pecado reincidente?*

Ser capaces de perdonar a nuestros enemigos, a los que no nos quieren, a los que nos desprecian o ignoran, es la petición más necesaria. No es tan fácil, o es un don de Dios o no nos resulta. El otro día recibí uno de esos mensajes de internet con la historia de un sacerdote que en una celebración invitaba a pasar delante a una persona de 99 años que confesaba no tener enemigos. Cuando salió al micrófono dijo: *"Sí, gracias a Dios todos ya están muertos"*. Creo que a veces esto es lo que desean muchas personas, que mueran sus enemigos. Me toca escucharlo en confesión. La incapacidad para amar hace que brote el odio. Hermanos, primos, hijos, a los que no somos capaces de perdonar, incluso después de muchos años, es algo que oscurece el alma y la paraliza. Amigos que durante muchos años no se hablan por una discusión bastante tonta. ¡Cuánto nos cuesta perdonar y olvidar, perdonar y volver a empezar! Pedro quería que Jesús le pusiera un límite: *"No te preocupes, hijo, a partir de un número determinado, siete puede ser, ya no es necesario olvidar ni perdonar, ni te plantees volver a empezar, a esas alturas ya se ha superado la cuota permitida"*. Con una frase así de Jesús estaríamos todos más justificados y tranquilos. Siempre podríamos decidir dónde está el límite. Nosotros marcaríamos cuándo sí y cuándo no tenemos que perdonar. Es triste, pero somos así. La medida de la ofensa puede provocar que una amistad acabe para siempre. *¿Cómo es posible que recemos frecuentemente esta oración sin tomarle el peso a lo que pedimos?*

El perdón es un don de Dios que no podemos cansarnos de suplicar. Nuestra oración puede convertirse en ocasiones en un rosario de peticiones. Sin embargo, *¿Pedimos aprender a perdonar? ¿Pedimos un corazón nuevo capaz de pasar por alto las ofensas?* Porque nuestro drama es que somos demasiado susceptibles en la vida. Por eso sufrimos tanto. Vamos por la vida exigiendo: Exigimos amor, que nos quieran como nosotros queremos, que nos respeten, que sean generosos con nosotros, que nos valoren, que nos escuchen, que hagan caso a nuestros consejos, que nos obedezcan, que nos sigan, que nos imiten, que nos alaben, que no nos juzguen, que nos escuchen. Queremos que todos, absolutamente todos lo hagan. Tenemos un corazón lleno de derechos y expectativas. De esta forma, cuando alguien no es así con nosotros, cuando nos ignora y no nos sigue o nos critica, surge la ofensa. Y por la ofensa el rechazo y, como consecuencia, la necesidad de perdonar. Me asombra ver tantos corazones heridos después de muchos años. Heridas cubiertas pero llenas de pus. Heridas aparentemente curadas que vuelven a sangrar.

¿Cómo se perdona, cómo se logra el perdón sanador? No basta con olvidar, con ignorar la ofensa, hay que iniciar todo un proceso de sanación. Decía Benedicto XVI: *“El perdón cuesta algo, ante todo al que perdona: tiene que superar en su interior el daño recibido, debe como cauterizarlo dentro de sí, y con ello renovarse a sí mismo, de modo que luego este proceso de transformación, de purificación interior, alcance también al otro, al culpable y así ambos, sufriendo hasta el fondo el mal y superándolo, salgan renovados”*⁸. Este proceso de sanación es largo y lento. Y, en realidad, no es posible recorrerlo en soledad. Contamos con reticencias de nuestra propia naturaleza. La memoria no ayuda, es nuestro peor enemigo. Siempre recuerdo a esa señora que me decía que ella no era rencorosa, que lo que pasaba es que tenía buena memoria. Solemos recordar muy bien las ofensas, y así no logramos perdonarlas nunca. Al mismo tiempo, cuando nos guardamos el perdón, sentimos un cierto orgullo o complacencia, aunque la herida siga abierta. Nos sabemos poderosos, porque el perdón es un arma maravillosa que se puede utilizar muy mal. Cuando negamos el perdón, hacemos daño, ofendemos con nuestra falta de misericordia. Y no hay nada que produzca más placer mezquino que negar el perdón al que nos lo pide. Por el contrario, hace falta mucha humildad para perdonar, para acoger de nuevo, para volver a empezar. No es posible hacerlo por nuestra cuenta, sin Cristo el perdón es una montaña demasiado alta y complicada de escalar **¿Estamos dispuestos a recorrer el camino del perdón de la mano de Cristo?** Sin oración no es posible. Sólo en la oración es posible encontrarnos con el Padre de la parábola del hijo pródigo que nos muestre otro camino. **Sólo en la oración nos dejamos transformar y nos hacemos capaces del perdón, porque Cristo nos capacita para ello.**

La sexta y séptima petición tienen que ver con el demonio y sus tentaciones: *“No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”*. Dios no nos libra de ser tentados, pero sí nos fortalece para no caer. Necesitamos vivir fuertes, lejos del mal y del demonio. Cuando estamos débiles, el demonio nos tienta y tiene posibilidades de vencer. Cuando estamos tristes, cuando perdemos la esperanza, cuando desconfiamos de Dios, entra el demonio en nuestra vida. Le pedimos a Dios que nos aleje del mal, de la caída ante la tentación. No le suplicamos que nos libre de la tentación, porque Él mismo fue tentado. Pero no queremos caer. Sabemos, sin embargo, que caemos con frecuencia. Que nuestros pasos son indecisos y titubeantes. Nos experimentamos débiles. **¿En qué consiste entonces la verdadera santidad? ¿En no pecar?** Sería un poco absurdo. Porque nadie es capaz de no caer nunca. Por eso no se trata de no pecar, sino de luchar, de soñar, de aspirar a lo más alto, de no conformarnos y, lo más importante, de conformarnos a imagen de Cristo y de María. Los santos son otros “Cristos”, otras “Marías” en medio del mundo. ¡Qué grande es el poder de la oración! Porque en ella el Espíritu actúa moldeando nuestra vida. **Trabaja nuestra piedra, nuestra madera y va extrayendo una obra de arte de donde aparentemente no había nada.**

Vamos a rezar hoy el padrenuestro de forma distinta. Vamos a detenernos en cada afirmación, en cada petición. Vamos a dejarnos llenar por el Espíritu que desciende en el silencio de nuestra oración. Sólo si nos dejamos el tiempo para ello Dios podrá hacer morada en nosotros. El padrenuestro es una verdadera escuela de oración y los discípulos aprendieron rezando ese pequeño texto, tan breve y tan completo. En sus palabras se esconde esa sabiduría de Dios que queremos vivir en nuestro día a día. De esta forma recorreremos estos días de Semana Santa con un corazón nuevo. Podremos acompañar a Cristo en el dolor y tocar sus heridas. Besaremos su cruz, besaremos, como niños confiados, nuestras propias llagas.

⁸ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 195

2ª Charla: La profundidad de nuestra vida de oración

Deseamos ser hombres de oración. Deseamos que la frase de Cristo se haga vida en nosotros: *“Quien me ve a mí ve al Padre”*. Anhelamos que el deseo de **S. Pablo** se haga realidad: *“No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”*. Queremos salir resplandecientes como Moisés después del encuentro con nuestro Dios. Queremos exclamar como Pedro, Santiago y Juan: *“¡Qué bien estamos aquí, hagamos tres tiendas!”* Éste es el deseo del alma, sin embargo, muchas veces claudicamos y nos dejamos llevar por la corriente.

En el año 1944, estando el P. Kentenich en Dachau, una hermana de María le plantea la siguiente pregunta: *“¿Es necesario recibir dones de contemplación para llevar una vida de santidad, para vivir el poder en blanco y la inscriptio?”* El Padre había hablado mucho del *“Poder en blanco”* y de la *“Inscriptio”* en el tiempo previo a Dachau, señalándolo como el espíritu que había que vivir para poder pasar los tiempos difíciles que se avecinaban. No bastaba con tener las ideas claras, los principios firmes en el corazón. Era necesario que el corazón descansara en Dios, que el propio corazón viviera en el mismo corazón de Cristo y de María. El *“poder en blanco”*, en pocas palabras, supone entregarle a María un cheque en blanco firmado por nosotros, para que Ella escriba lo que desee. Es la actitud confiada del hijo, que se sabe protegido y cuidado en manos de su Padre y por eso se abandona y no teme lo que Dios le quiera pedir. La *“Inscriptio”*, por su parte, viene de una expresión de **S. Agustín**: *“Inscriptio cordis in cor”*, inscripción de nuestro corazón en el corazón de Cristo. Es un salto de fe más grande todavía. Supone la verdadera santa indiferencia, la plena libertad interior, frente a nuestros miedos e inseguridades. Al hablar de *“inscriptio”*, el Padre está hablando de la verdadera santidad. En la *“inscriptio”* Dios nos libera de nuestros miedos y cadenas, de nuestras ataduras que nos hacen vivir inseguros y aferrados a nuestros planes. Tiene una base psicológica importante. Es lo que **Víctor Frankl** usaba con los enfermos obsesivos: La llamada **intención paradójica**. La angustia anticipada de sus pacientes, desencadenaba precisamente aquello que temían que ocurriera. Él trataba de lograr que sus pacientes desearan aquello mismo que no querían que ocurriera. Un tartamudo, para dejar de tartamudear al hablar en público, tenía que llegar a desear que ocurriera. El insomnio, que no nos deja dormir por la angustia que crece al pensar que vamos a estar agotados al día siguiente, se puede combatir deseando permanecer en vela junto a Dios toda la noche. Aplicado a nuestra vida estamos en camino hacia la verdadera santidad. Sólo si nos abandonamos y ponemos nuestro corazón clavado en el de Cristo, es posible caminar con esperanza. De esta forma, cuando Dios nos da la gracia de desear lo que tememos, somos hombres libres. Vivir así sólo puede ser fruto de la gracia en nosotros, de otra forma resulta imposible, porque el corazón se rebela y la debilidad nos hace fácil presa del miedo. La verdadera santidad es dejar que mi corazón se funda con el corazón de Cristo y de María en la cruz.

El Padre veía en el “Poder en blanco” y en la “inscriptio” un camino de santidad. El primero es más pasivo y el segundo más activo; ambos estaban ya implícitas en la Alianza de amor con la que nació Schoenstatt en 1914. Sin embargo, debido a los tiempos tan difíciles que les tocaba vivir como Familia, 25 años después, se da cuenta de la necesidad de dar un paso más y hacer explícita esa doble actitud de vida. Ve que

la Familia está madura para avanzar por esta senda. Por eso, ante la pregunta de la Hermana, no se limita a responder brevemente a esta inquietud. Por el contrario, escribió un libro con el título: *“Estudio sobre oración”*, estando en el Campo de Concentración. Un libro en el que el Padre recoge gran parte de la espiritualidad de Santa Teresa de Jesús. El Padre mantuvo siempre el acento puesto en nuestro camino ordinario de santidad. Por eso, la postura que desarrolla en el libro, se puede resumir de esta forma: *“No debemos pedir gracias de contemplación infusa, gracias especiales de oración, pero debemos prepararnos para ellas, en el caso en que Dios nos las quisiera conceder”*. Si recorremos el camino de santidad propuesto por el P. Kentenich, estaremos preparados para ello. Aunque lo normal es que nuestro camino sea el ordinario. Es por eso que este libro es una ayuda para profundizar en nuestra vida de oración, un camino para crecer de la mano de María en el Santuario en nuestra entrega a Dios.

A veces pensamos que la santidad es vivir sin manchas. Tenemos la tentación de pensar que cuando no pecamos Dios nos quiere mucho más. Porque así es como pensamos nosotros y como nos relacionamos con los demás. Cuando nos tratan bien correspondemos con más amor, cuando nos rechazan, con desprecio. De esa forma acabamos pensando que llegará un día en que iremos al sacerdote y le diremos: *“No se preocupe, ya no voy a volver a verle, ya he logrado no pecar en absoluto, estoy curado”*. Nos cuesta el salto de humildad que supone reconocer una y otra vez ante el mismo confesor que caemos en los mismos pecados. Nos gustaría superarlos y decirle lo buenos que somos. Pero no, no es éste el camino. No basta con ser buenos. Personas buenas hay muchas. La bondad es un don que hemos de pedir, pero no es la santidad. No basta con ser buenos. Ser santos es otra cosa. **La santidad es dejar que nuestro corazón se inscriba, se funda con el de Cristo. Esa fusión de corazones es la verdadera santidad y sólo puede ser un don de Dios.** Pedirlo no es fácil, porque el corazón se resiste al dolor y a la cruz y el corazón de Cristo está precisamente clavado en la cruz. Vamos a recorrer este camino de santidad que el Padre propone. Vamos a adentrarnos en el mundo de oración que deseamos vivir cada día.

A. En el camino a la santidad de la vida diaria propuesto por el Padre se destacan tres aspectos importantes⁹:

- 1. Una relación activa de amor con Dios en la fe. “Caminar con Dios”:**
 - a. Mirar frecuentemente a Dios en la fe**
 - b. Hablar frecuentemente con Dios en el amor**
 - c. Por la fe y el amor ofrecer frecuentemente a Dios sacrificios**
- 2. El cultivo de una soledad llena de Dios.**
- 3. El anhelo del Espíritu Santo y de sus dones.**

1. Una relación activa de amor con Dios en la fe. “Caminar con Dios”:

El Padre habla siempre de aprender a caminar con Dios. Se puede ver en tres momentos que van unidos. Son conocidos como santidad de la vida diaria.

- **a. Mirar con frecuencia a Dios en la fe.**

Mirar a Dios, el mundo de lo sobrenatural, como parte de nuestra vida. Santa Teresa recomienda a sus hijas que se detengan en compañía del Señor con frecuencia. No se

⁹ J. Kentenich, Estudio sobre oración, 81

trata sólo de callar exteriormente. El corazón necesita descansar en Cristo, en un lugar en el que se recupere de la fatiga diaria: el corazón de Cristo. Es el corazón del amigo en el que descansamos. **Sta. Teresa** les pide: *“No os digo que reflexionéis mucho sobre Cristo. Sólo os pido que os guste contemplarlo”*¹⁰. Mirarlo con los ojos del alma, detenernos en su presencia. Él espera que le miremos, que apartemos la vista del mundo y la fijemos en Él. Dice: *“La esencia de la oración no consiste en cerrar la boca”*. Cuando poseemos el amor y el temor a Dios, podemos caminar con paz y seguridad en el camino de la oración. Santa Teresa recomienda como ayuda recorrer momentos de la vida de Jesús, ayudarnos de imágenes o textos. Es la forma de contemplar al Señor y dejarnos tocar por su presencia. El Padre añade que no sólo a Jesús, también necesitamos contemplar a María. La miramos y nos dejamos mirar por Ella. A través de la meditación de la vida, lo que el Padre denomina, degustar y posgustar las misericordias de Dios en nuestra vida, nos acercamos a Dios.

S. Francisco de Sales habla también de un lugar en el que reposar: *“Los pájaros tienen sus nidos. Nuestro corazón necesita a diario elegir un lugar, ya sea el Monte de los olivos o la herida del Salvador o cualquier otro lugar en su cercanía, donde el corazón pueda volver de sus labores diarias a descansar y fortalecerse”*¹¹. El Padre señala la importancia de volver a diario al Señor, de descansar junto a Él, como en un nido. Santa Teresa explica: *“No sabía lo que era rezar hasta que el Señor mismo me enseñó a recogerme en mi interior y disfrutar de sus beneficios”*¹². Aprender a recogernos en nuestro interior, en el nido de Dios, es el camino. Por eso es tan importante dejarnos tiempos para gozar de su presencia, para empaparnos de su amor. La paz interior no se logra inmediatamente, es un proceso de acostumbramiento del alma. María, en su Santuario, nos ayuda a recogernos, a mirarnos en Dios, a descansar en Él.

• **b. Hablar frecuentemente con Dios en el amor**¹³

Un diálogo personal con Él, de corazón a corazón. Como diría Santa Teresa, se trata de una conversación con un amigo. Este diálogo se puede mantener durante los momentos de oración marcados o durante otras actividades del día. Los santos santifican el día a través de este diálogo. Sabemos que Él nos ama. Una primera forma consiste en elevar el corazón a Dios en cada momento y decirle: *“Sólo a ti te busco, Dios mío”*. *“Sólo quiero pertenecerte por completo”*. *“Haz conmigo y con lo que me pertenece siempre lo que tú quieras”*. *“Te amo, Señor, más que a mí mismo”*. *“Te agradezco por todas las gracias que me has dado”*. *“Quédate conmigo y ten misericordia de mí”*. *“Regálame tu santo amor”*. Decía **San Juan Crisóstomo:** *“Si decimos con frecuencia éstas y otras frases a Dios, le cerramos la puerta al demonio, de tal modo que ni siquiera nos puede molestar en nuestros pensamientos”*. Y **S. Alfonso María de Liguori** afirmaba: *“Lo podemos hacer realidad en cualquier lugar y en cualquier momento: de camino, en el trabajo, en la mesa, en el descanso. ¿Qué te impide a ti, amada alma, que siempre estás ocupada, de tiempo en tiempo elevar tu corazón a Dios y decirle: A ti sólo te busco, Dios mío, y no pretendo nada más; haz conmigo y con todo lo que me pertenece lo que te plazca; me entrego a ti por entero; te amo más que a mí mismo; sólo quiero lo que tú quieras?”*¹⁴. **Y en la misma línea nos recuerda S. Francisco de Sales cómo debemos rezar:** *“Es un error-una herejía- pretender excluir el ejercicio de la devoción del ambiente militar, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes, de los*

¹⁰ *Ibíd.*, 86

¹¹ *Ibíd.*, 92

¹² *Ibíd.*, 93

¹³ *Ibíd.*, 94

¹⁴ *Ibíd.*, 95

hogares de los casados. (...) Por eso, en cualquier lugar que nos encontremos podemos y debemos aspirar a una vida perfecta". Debemos aprender a rezar en cualquier lugar. Nuestro camino vocacional no puede condicionar nuestra oración. Estamos llamados a rezar siempre y en profundidad, cada uno en su estado de vida.

El Padre nos invita a cuidar este intercambio de corazones en nuestra alianza de amor con María. Ella nos regala su corazón y nos enseña a amar. Cuando somos amados de forma incondicional por su amor generoso y gratuito, vamos aprendiendo a donarnos por entero sin miedos. Y así entregamos el corazón sin esperar nada a cambio. La alianza de amor esa entrega mutua de los corazones. Nos cuesta mucho rezar y abandonarnos, rezar siempre, de forma constante. Nos llenamos de ruidos y no logramos vivir en Dios. En el Santuario tenemos nuestro hogar, allí descansamos. Por eso nos llevamos en el corazón el Santuario. Cuando María es dueña de nuestro corazón, porque se lo hemos entregado, puede hacer de él su morada y convertirlo así en un auténtico santuario corazón. Podemos si nos dejamos. Ella puede si la dejamos.

Una segunda forma consiste en despertar los buenos deseos y anhelos. Al comenzar cada actividad decir: *"Nada que a mí me guste, busco, Señor, sino hacer tu voluntad"*. Y durante la actividad renuevo repetidamente este deseo: *"Para ti la gloria, Señor"*. De esta forma no es tan difícil mantenernos en presencia de Dios. Porque ya el deseo de agradar a Dios, es un recuerdo lleno de amor de Dios. Dice el Padre: *"Por eso es importante determinar signos y tiempos que nos ayuden a entrar más fácilmente en la presencia de Dios"*¹⁵. Una cruz, una imagen, una hora determinada nos recuerdan a quien pertenecemos y por qué estamos haciendo las cosas. Las campanas de las iglesias recordaban en los pueblos que todo es para la mayor gloria de Dios. Cuando los musulmanes quisieron acabar con las campanas en Tierra Santa era con la idea de que ese recordatorio de la presencia de Dios desapareciera. **¿Cuáles son esos signos o tiempos especiales que nos ayudan a tener presente a Dios?**

Una tercera forma se da después de una actividad intensa y desgastadora. En un momento de silencio y meditación, volvemos nuestros pensamientos y nuestro corazón a Dios. **Santa Teresa** dice: *"Quien ama de verdad, piensa constantemente en su amado"*. La oración continua debe llegar a ser una auténtica escuela del amor. De esta forma, cansados y llenos de cosas, podemos volver a unir nuestras fuerzas vitales con Dios. Para ello son muy necesarias nuestras prácticas de oración, los momentos señalados y elegidos para el encuentro con Dios. Esos momentos ayudan a cuidar nuestra oración y a darle espacio en nuestra vida. La fidelidad silenciosa en el cuidado de los mismos es fundamental.

• **c. Por la fe y el amor ofrecer continuos sacrificios a Dios**¹⁶.

Un texto bíblico nos ayuda a mirar con amor y confianza a nuestro Dios y nuestra entrega diaria: *"No nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas. Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio*

¹⁵ Ibídem

¹⁶ Conf. Ibídem, 96

donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia. Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados. Que éste sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados. Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro, no nos defraudes, Señor. Tráтанos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu nombre, Señor.” Daniel 3, 25-43.

De la nada viene nada. Tenemos que entregarnos a Dios como ofrenda, es el sacrificio que Él espera. El estar con el Señor y hablar con Él, estará unido necesariamente con la entrega. Se trata de participar de la pobreza, en la humildad y en la cruz del Señor. **Santa Teresa** acentúa mucho esta negación de uno mismo en el día a día. Se trata de tres pasos: el amor de los unos a los otros, el desapego de todo lo terreno y la unidad con Dios y por último, la verdadera humildad. *¿Por qué hay tan poca santidad alrededor nuestro?* El mayor obstáculo es que estamos demasiado atados a nuestra propia gloria y fama. Sin la presencia de la gracia en nosotros, no creceremos en esta actitud de libertad interior frente a nuestra propia fama. Sólo por la gracia creceremos en humildad. Primero hombres, luego cristianos y sólo entonces, plenamente hombres. El amor de amistad de Dios nos transforma y así el alma llega a ser “alter Christus”, “niño del Padre Dios” o “una pluma en las manos de Dios”. **S. Francisco de Sales** lo describe así: *“El alma se desnuda de todos sus apegos mundanos. Así se presenta ante Dios. Entonces el Señor la viste de nuevo con la inclinación a su hogar, a los suyos, a los bienes, a los amigos. Pero se trata de unas nuevas inclinaciones. Porque este nuevo amor ha nacido del Espíritu del Padre”*. El camino está claro, primero nos desapegamos, se lo entregamos a Dios y Él nos regala lo que antes le hemos entregado, pero renovado en un nuevo Espíritu, que nos da la vida.

Tenemos obstáculos que superar en este camino de entrega¹⁷. Existen muchos y proceden principalmente de nuestra naturaleza enferma, del apego al mundo y de la actuación del demonio en nuestra vida. Santa Teresa propone un camino para superarlo. Habla de la necesidad de renovar nuestro firme propósito de recorrer el camino de la oración fielmente hasta el final. El Padre dice que es necesario aplicar nuestra pedagogía del ideal en la educación para la oración, para poder superar todo aquello que nos ata y nos impide crecer.

2. El cultivo de una soledad llena de Dios¹⁸:

Conocemos la relación exterior entre el espíritu profundo de oración y el amor a la soledad. Cada vez que Dios se apropió de lo profundo de nuestra alma, nos atrajo fuera de la comunidad y de la sociedad humana para estar solos. Santa Teresa experimentaba esta misma necesidad de estar sola en el convento: *“Me gustaría retirarme a un lugar donde pudiera estar sola, pero esto ocurre muy rara vez”*¹⁹. Y añadía: *“Anhele esta soledad no tanto por virtud sino por mi espíritu pusilánime”*. Teresa señala que este deseo de soledad puede nacer de la virtud o de la desilusión que nos provoca el mundo. En momentos así, dice el Padre: *“Hasta nuestro lugar predilecto, el Santuario, perdía su encanto y fuerza de atracción. Preferíamos recogernos solos en nuestro cuarto. Sabíamos, sin embargo, superar la distancia que existía entre nosotros y nuestro cenáculo, de modo que a pesar de estar externamente separados, vivíamos allí nuestro encuentro con Dios.*

¹⁷ Conf. Ibídem, 225

¹⁸ Conf. Ibídem, 238

¹⁹ Ibídem, 240

En momentos así entendemos por qué nuestro Salvador se retiraba a orar en soledad a las montañas. Entendemos los cuarenta días en el desierto²⁰. Comprendemos su petición: “Cuando oréis, entrad en vuestro cuarto y, cerrada la puerta, orad en secreto a vuestro Padre”. Comprendemos la importancia de su petición a los discípulos cuando regresaban de sus actividades apostólicas: “Venid, retirémonos a un lugar desierto, y descansad un poco”. **Decía Santa Teresa:** “No es otra cosa la oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces a solas, tratando con quien sabemos nos ama”.

El trabajo apostólico está marcado por la dispersión y la inquietud del alma y por eso, el mismo ardor del amor a Dios se enfría y se comienzan a infiltrar errores, imperfecciones y pecados en nuestra vida espiritual. Es fundamental regresar a la soledad animada por la presencia de Dios y saborear así la fecundidad de esa misma soledad. La soledad se entiende entonces como alimento necesario para el alma: “En contacto con el mundo las verdades de la fe se oscurecen a causa de los bienes terrenales, que nos entran a través de los ojos, y las reflexiones espirituales se alejan de nuestro corazón. Por eso, quien no ama la soledad, y sólo disfruta en contacto con el mundo y con la gente, quien siempre lee el periódico y sólo habla de las cosas del mundo, no puede llegar a tener una piedad profunda. Los hombres del mundo huyen de la soledad. Buscan el ruido del mundo, para acallar la voz que grita en el interior de su alma. Quien huye de la soledad muestra que su interior no está en orden. Quien tiene una conciencia tranquila y en paz, ama la soledad. Y cuando tiene que abandonarla, se siente como pez fuera del agua. La soledad hace que el alma esté despierta, abierta y receptiva para Dios y su voz”²¹. **S. Jerónimo** decía: “¡Oh bendita soledad, donde Dios habla con sus amadas almas en confianza y en un ambiente lleno de amor!”. Dios no habla en la tormenta. Como dice Oseas, nos conduce al desierto y allí seduce nuestro corazón. Él habla en la soledad, en el silencio, donde con palabras de amor enciende el corazón. La soledad despierta al alma para que pueda encontrarse con Dios. Nos hace receptivos para acoger sus más leves insinuaciones.

El Padre señala lo importante que es cuidar la oración y el silencio: “Sabemos que podemos fácilmente cometer estupideces en el tiempo de oración. Somos libres de pasar ese tiempo en un lugar que escogemos y en una posición propicia para la oración. Fácilmente cedemos a la necesidad de lo confortable. Buscamos una posición que fomente no tanto la oración como el descanso confortable. Vamos a pasear, no tanto porque nos ayude para hablar con Dios, sino porque nos agrada la distracción, lo que podemos ir viendo y el movimiento que le hace bien al cuerpo. Si nos engañamos así nunca aprenderemos el arte de la oración. Como dice **Santa Teresa** “sois estúpidos”. No seremos personas profundamente interiores. Nunca seremos otras Marías, otros Cristos”. Señala la importancia de la soledad. Nuestro recogimiento en el Santuario tiene como consecuencia la experiencia de la primera gracia: el cobijamiento. En la soledad del Santuario se nos regala esa gracia de la paz y el silencio interior.

S. Jerónimo: “El contacto con Dios no tiene nada amargo ni su compañía nada detestable, sino placer y alegría. Él convertirá el desierto en un jardín, en un paraíso. Agradecimiento y cantos de alabanza reinarán en ese lugar paradisiaco”. Decía **S. Lorenzo Justiniani:** “La soledad debe ser siempre amada, incluso cuando no se pueda disfrutar de ella”²². Dios no es escuchado donde hay ruido. Es necesaria la soledad. **S. Bernardo** decía que había aprendido más de Dios en la soledad de los bosques que en los libros de los sabios. Sin embargo, la posibilidad de vivir en el desierto, dedicado al encuentro con Dios, se le concede sólo a unos pocos. A la mayoría nos toca vivir en contacto con el prójimo, con el trabajo

²⁰ *Ibidem*, 246

²¹ *Ibidem*, 247

²² *Ibidem*, 248

diario. Como decía **S. Felipe Neri**: *“Quédate en el lugar y en la posición dónde estás y allí vive como si se tratara de un desierto”*. **Tenemos que hacer de nuestra vida un desierto en el que se respire a Dios**. Si nos olvidamos de ello, si no lo practicamos, aún cuando nos retiremos al desierto podremos sacar el ruido de nuestro interior. En estar callados se encuentra la soledad. Sólo en el silencio encuentra el alma el anclaje en Dios. Sólo el que sabe callar, sabe también hablar con oportunidad y lo que corresponde. *“Quien con la lengua no falta, es un hombre pleno”* Stgo 3,2. *“Quien protege su lengua, protege su alma”* Sabiduría 13,3. *“Hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar”* Eclesiastés 3,7.

S. Alfonso decía: *“El estar callados es un gran medio para alcanzar un alto grado de oración. Difícilmente encontraremos un hombre de Dios que hable mucho. Quien posee el espíritu de oración, busca estar callado”*. **S. Crisóstomo** decía: *“Sólo hay que hablar, cuando las palabras son más útiles que permanecer en silencio”*. La boca habla de aquello de lo que está lleno el corazón. La Comunidad que mantiene el silencio, invita a la oración y edifica a aquellos que a ella llegan. Pero no basta el silencio del cuerpo. Tiene que ser un silencio lleno de Dios. La soledad del corazón, la llaman los santos. Dice **S. Gregorio**: *“¿De qué sirve la soledad del cuerpo, cuando falta la soledad del corazón?”*²³. Una soledad llena de Dios es fecunda. **Santa Teresa**: *“Libera el corazón de todas las cosas creadas que lo atan”*. Sólo quien vive y actúa desde la entrega total a Dios, recibe la bendición de la soledad. Sólo así permanece anhelante del Espíritu Santo y sus dones. El corazón necesita abandonarse y entregarse totalmente, para vivir en la cercanía de Dios, para gozar y tocar su amor cada día.

²³ *Ibidem*, 253

3. ***El anhelo del Espíritu Santo y sus dones***²⁴

Como la Virgen María al recibir el Espíritu Santo se apresuró a salir de su casa y llevar la Buena Nueva a otros lugares, así cuando recibimos el Espíritu Santo recibimos este mismo espíritu de misión. Se trata de una transformación interior y exterior. Después de recibir el Espíritu Santo los apóstoles en el Cenáculo, su amor es inmenso y así reciben el espíritu de apóstoles y mártires. Salen fuera de su casa, sin miedo, y dan testimonio de Cristo en el mundo. Sufren la persecución y los golpes y están orgullosos de sufrir por el nombre de Cristo. Viven en el mundo del amor y la fe sobrenaturales. Al recibir el fortalecimiento de la fe, se recibe el don del entendimiento y con la luz de lo alto, el don de la sabiduría. Se trata de empezar a ver la vida en la luz de Dios. El don del entendimiento nos deja ver el espíritu detrás de las palabras. Nos deja ver a Dios y apegarnos a Él. Sin la actuación del Espíritu Santo en nosotros con sus dones no hay una santidad heroica. Los dones del Espíritu son fuente de heroísmo, de magnanimidad. El amor sólo puede crecer en la fuerza del Espíritu Santo. El Espíritu Santo permite que seamos uno con Cristo. El don de la sabiduría es fuente del amor perfecto. La sabiduría nos permite gustar a Dios, todo lo sobrenatural, en nuestra vida.

Lo que ocurre es que muchas veces no valoramos la fuerza transformadora del Espíritu Santo. Es necesario volver hoy a recordarlo. Cristo nos deja su Espíritu para que aprendamos a vivir en su presencia. El Espíritu renueva la faz de la tierra y renueva nuestro corazón apegado a la tierra. El Espíritu nos ayuda e ilumina en nuestro camino. Como dice el **P. Kentenich**: *“El arte y la sabiduría de nuestra tarea consiste en discernir la correcta elección entre los bienes verdaderos y los aparentes”*²⁵. Para ello necesitamos suplicar los dones del Espíritu Santo que nos enseñen a optar por el bien, a conformar nuestra vida de acuerdo al ideal que anhelamos alcanzar. La medida del anhelo es la medida de la gracia recibida. Si aspiramos a lo más alto recibiremos mucho, si nos conformamos con poco, nos arrastraremos por el camino de la mediocridad. Dice el Padre: *“Sin la actuación especial del Espíritu Santo a través de sus dones no puede haber santidad heroica”*²⁶. Por eso es tan necesario en nuestra vida implorar con María el Espíritu Santo, suplicar que nos socorra y encienda. Los dones nos regalan la magnanimidad, el heroísmo, la aspiración a las cumbres. De esta manera es fundamental la presencia del Espíritu para que crezca nuestro amor. En el Santuario, nuestro Cenáculo, imploramos la venida del Espíritu Santo que nos transforme y envíe. Sólo en la fuerza del Espíritu podemos aspirar a vivir el grado heroico de la Inscriptio. Dice el Padre: *“Quien aspira a vivir el espíritu de la Inscriptio sin entablar una relación con el Espíritu de Dios del amor y la santidad, es comparable a un pájaro que quiere volar sin plumas”*²⁷. Es el Espíritu que nos hace hijos en el Hijo, en Cristo, en quien somos transformados en el sentido de la verdadera infancia espiritual.

²⁴ Conf. J. KENTENICH, *Estudio sobre oración*, 254

²⁵ *Ibidem*, 269

²⁶ *Ibidem*, 271

²⁷ *Ibidem*

B. Tres grandes formas de oración:

1. La Eucaristía. Oración perfecta. Y con ella, otras formas de oración comunitaria de la Iglesia: Liturgia de las horas.

2. La oración privada, la meditación, la soledad con Cristo. Adoración. Cerrar la puerta de nuestro cuarto. El Santuario corazón.

3. La oración habitual. Por la cual intentamos que Dios esté presente todo el día. Y en todo lo que hacemos. *“Es preciso orar siempre, sin desistir”* (Lc 18,1). Se trata de la conciencia de hacer todo en la presencia de Dios y en alianza con Dios.

2. Vamos a detenernos en la segunda forma. Para que Dios nos pueda hablar en la intimidad y llevarnos así donde Él quiera. Es la forma relacionada con la capacidad del alma para percibir y realizar la voluntad de Dios en todo momento. La **Madre Teresa** habla de una entrega total a Dios: *“¿Por qué tenemos que darnos totalmente a Dios? Porque Él se nos da por entero. Él no nos debe nada y se entrega totalmente. Y nosotros, ¿vamos a responderle con una fracción de nuestra vida? Darnos enteramente a Dios es la manera de recibir al propio Dios. Viviendo para Dios y entregándole mi ser, lo llevo a vivir en mí. Para poseer a Dios tenemos que dejar que posea nuestra alma. Se trata de entregar el control de nuestra vida”*. El deseo de entrar en comunión con Dios debe cultivarse continuamente, pero es necesaria la aspiración a vivir en grado heroico las virtudes. Ya lo dice Santa Teresa: *“Cristo nunca vendrá a nuestra alma, para unirse a nosotros, si no nos esforzamos en vivir las virtudes en un grado heroico”*²⁸.

La Santidad consiste en desear sinceramente cumplir siempre la voluntad de Dios en nuestra vida. La Madre Teresa en 1942, con 32 años de edad, se comprometió, por medio de un voto privado, a dar a Dios cualquier cosa que Él le pidiera, y a no negarle nada que le pidiera. Decidió considerar la más pequeña falta voluntaria a este voto como un pecado mortal. Se trata de una perfecta sumisión a los deseos de Dios. Implicaba también vivir en escucha silenciosa a las insinuaciones y manifestaciones de la voluntad de Dios. Esta atención, habitual y llena de amor, en el momento presente, exigía el silencio y el recogimiento interior. En el silencio del corazón habla Dios.

El santo ve la cruz y el sufrimiento como parte de la amistad con Cristo. Cuando decimos: Padre nuestro, hágase tu voluntad. Sin duda está incluida la petición de la cruz y el sufrimiento. Cuando lo vemos como una petición, al rezar esta parte del padrenuestro, estamos queriendo decir lo que llamamos nosotros inscriptio. Santa Teresa de Jesús les habla a sus hijas en la misma dirección. *“Quiero transmitirles cuál es la voluntad de Dios. No debéis temer que Él os dé riquezas, honores u otros bienes materiales. No, no os ama tan poco. Lo que recibe de vosotras lo valora enormemente y por eso quiere retribuirlos, compartiendo con vosotras su Reino. ¿Queréis saber cómo se comportó con su Hijo, que le dijo de corazón: “hágase tu voluntad”? Entonces el Padre realizó su voluntad en su Hijo, mandándole dolores, sufrimientos, persecuciones y finalmente la muerte en la cruz. Mirad lo que le dio a su Hijo a quien tanto amaba. De ahí podéis entonces entender cuál es su voluntad. Ésos son sus dones en este mundo. Los dones que nos da en la medida de su amor hacia nosotros. Aquellos a quienes más ama reciben más dones de este tipo de su amor. A los que ama menos, les manda menos. Los distribuye de acuerdo al ánimo y al amor que ve en sus hijos. Aquel en quien ve mucho amor hacia Él, entiende que le puede mandar muchos dones, porque*

²⁸ J. Kentenich, Estudio sobre oración, 72

será capaz de sufrirlos. Aquel que le ama poco, sabe que poco podrá sufrir por Él. Recordad entonces, hijas mías, que las palabras que le dirijáis a Dios, no son sólo palabras bonitas. En vosotras deben ser una única cosa lo que decís y lo que hacéis, vuestras palabras y obras. Lo que necesitamos es unirnos totalmente a la voluntad de Dios de forma que se haga una con la nuestra y así, liberarnos de todo lo terreno que pretende esclavizarnos. Cristo sabe todo lo que ganamos cuando servimos así a su Padre, haciendo su voluntad. De esta forma llegamos a beber del agua viva del pozo. Cuando no le damos a Dios nuestra voluntad por entero, no podemos beber de esta agua. Por eso, nos basta con decir siempre: Hágase tu voluntad, con un corazón sincero”.

En el sentido de nuestra inscriptio nos hemos acostumbrado a decirle a Dios conscientemente: *“Mándame determinados sufrimientos, siempre y en tanto en cuanto, estén previstos en tus sabios planes y sean en tu honor”.* De esta forma es como entendemos esta petición del Padrenuestro. Sólo así estará nuestra alma vacía, libre y dispuesta a ser llenada por Dios: *“La vasija de nuestra alma habrá sido vaciada y adornada con las virtudes, y quitados los posibles obstáculos, de esta manera Dios nos dará su gracia en la medida que Él quiera”*²⁹. Se trata de vivir todo el día en presencia de Dios. De asegurar los momentos de soledad en el día, de oración gratuita, de tiempo ofrecido a Dios por puro amor, por deseo de estar a solas con Él.

Dios tiene un deseo infinito de comunicarse con nosotros. Dios se dio a nosotros por entero en Cristo. *¿Qué nos falta para que Dios tome total posesión de nosotros?* El deseo de Dios de hacerlo no falta. Seguro que falta algo en nosotros, o sobra. La mayoría de los maestros de espiritualidad señalan la misma causa: El orgullo, la soberbia, la autosuficiencia, el apego al mundo y sus preocupaciones. La solución: la humildad, el abandono, el vaciamiento, la confianza. Cuando estoy satisfecho conmigo mismo, Dios no tiene nada que decirme, no me hace falta para nada. Lo que nos pide Cristo que aprendamos de Él es la humildad: *“Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas”* Mt. 11, 29. La humildad nace de la contemplación de Dios. La adoración es expresión de nuestro ser inferiores. Es inherente a nuestra realidad de creaturas. Usa el P. Kentenich el binomio: **Nuestra miseria // la misericordia de Dios.** La conciencia de nuestra miseria es el imán para la misericordia de Dios. Somos creaturas pecadoras e hijos amados por Dios. Como pecadores sabemos que sin la gracia de Dios no somos nada. **Como hijos, sabemos que lo podemos todo apoyados en la gracia de Dios. Hagámonos pequeños como María.**

Estas charlas solo han pretendido profundizar este tema de nuestra vida de oración. Son pinceladas, luces, melodías que nos pueden ayudar a crecer y a adentrarnos en el mar de la misericordia de Dios. Lo importante ocurre en la rutina de cada día. No esperemos que un retiro lo cambie todo. Es sólo el comienzo o el impulso que necesitamos para llegar a la piscina, a la fuente de vida donde Dios se nos regala por entero. El santuario es esa piscina que muchas veces descuidamos. Que estas páginas sirvan para profundizar en las siguientes preguntas:

- Cuando nos adentramos en el corazón de Dios, descansamos y salimos renovados. Por eso se hace realidad la frase: **Más oración, más familia.** Porque cuando más tocamos el amor de Dios en nuestra vida, más fuerza recibimos para amar: *¿Qué nos falta? ¿En qué aspectos debe mejorar nuestra vida de oración? ¿Qué límites nos ponemos? ¿Y qué barreras no nos dejan crecer?*

²⁹ Ibídem, 81

Epílogo

Al llegar a este punto del retiro, me he dado cuenta que ha quedado una pregunta abierta y sin respuesta clara: ¿Cómo se logra que haya más vida de familia a través de la oración? Hasta ahora he hablado mucho más del silencio y de la oración personal. Y es cierto que el hecho de rezar en profundidad es el camino para poder entregarnos con generosidad en nuestra familia. Sin embargo, también entiendo que alguno hoy piense en su corazón: *“Claro, todo muy bonito, eso del silencio, cuando uno no se levanta con los niños colgados de la cama o cuando no tiene las preocupaciones diarias de un trabajo y de una familia. Para un cura o una religiosa es pan comido”*. Y es verdad, por eso le agradezco tanto a Dios mi vocación. Aún así, no es tan claro. Uno puede tener todo el tiempo del mundo y desaprovecharlo. La renovación del deseo de estar con Dios debe suceder cada día en el alma de todos. De todos modos, entiendo que cuando uno tiene una familia con niños pequeños y un trabajo exigente que nos absorbe totalmente es más heroico encontrar los momentos. Pese a ello, recuerdo las palabras de una persona casada hace unos días: *“Si uno quiere rezar, que aproveche la hora de la comida, seguro que para comer acaba luego encontrando el momento”*. Y es muy sabio el consejo. Tenemos que saber aprovechar los momentos, los viajes, los descansos. Decía el doctor Gregorio Marañón que él era: *“Un traperero del tiempo. Es como si al final del día tuviera que irme de viaje”*. Tenemos que ser traperos del tiempo y aprovechar esos minutos sueltos del día para entregárselos al Señor. De esta forma es posible cuidar el mundo de la oración y experimentar la cercanía de Dios en nuestra vida. Si no lo hacemos así, la vida nos comerá y lo urgente prevalecerá siempre sobre lo importante.

Es cierto que todo lo que hemos desarrollado en este retiro está centrado en la oración personal. La verdad es que creo que es el punto clave sin el cual la familia no va a crecer nunca en santidad. Por eso me he centrado en ello. No obstante, no quería acabar este retiro sin dedicar unas líneas al tema: *“Más familia”*. Es por eso que voy a señalar algunas leyes básicas que nos pueden ayudar a reflexionar y a preguntarnos en qué punto nos encontramos como familia cristiana:

1. La familia que reza unida se mantiene unida. Es una ley básica y conocida por todos. Tal vez demasiado usada y por eso nos cuesta más creer en ella. Sin embargo, tiene una validez universal. Una familia que reza en comunión, que comparte su vida en Dios, que pone a Dios y a María en el centro, tiene muchas más herramientas para permanecer unida, para luchar en la adversidad, para sobreponerse a la tormenta. Aquello que no pasa por el corazón, y se queda sólo en la cabeza, no arraiga verdaderamente en nuestra alma. La oración ha de pasar por el corazón. En la oración familiar los corazones se acercan en el Señor. Si en el matrimonio sois tres, con Cristo en medio, y no sólo dos, la cosa cambia totalmente. Rezar en comunidad, compartir nuestros miedos y anhelos es un camino para crecer en la entrega.

¿Cómo es nuestra oración familiar? ¿Cómo integramos a los hijos? ¿Cómo rezamos como matrimonio? ¿Hemos perdido el pudor y el miedo a compartir nuestra oración personal con nuestro cónyuge?

2. Como ya hemos dicho el crecimiento en la oración sigue siendo algo personal. En ocasiones puede ocurrir que la vida familiar nos exija tanto que reduzcamos nuestra vida de oración a la oración en familia. Los motivos pueden ser varios: la falta de

tiempo, la falta de espacio, la falta de motivación, la pereza. Pero puede haber otra razón que siempre sorprende: el deseo de aquel que tiene una vida espiritual más rica de lograr que su cónyuge rece más. Y, curiosamente, para lograrlo, piensa que el camino es rezar menos solo y más con el cónyuge. De esta forma, lo único que consigue a la larga es perder su vida espiritual. En el campo de la oración no hay derechos adquiridos, lo que no se cultiva se pierde. La ley fundamental es que cuanto más crezca yo en mi vida de oración más ayudaré a que mi cónyuge crezca. Esperarlo para caminar juntos no siempre funciona. Mi aspiración a la santidad es el camino para que el mismo deseo crezca en el corazón de aquel que camina conmigo.

¿Cómo cultivo mi oración personal? ¿Qué espacio para mi oración, para el silencio personal garantizo cada día?

3. Es fundamental que en el hogar haya un lugar en el que la familia o cada miembro de la misma, pueda rezar a diario. En Schoenstatt lo llamamos Santuario hogar. Hacen falta espacios que nos hablen de Dios. En el Santuario María derrama sus gracias y nos enseña a rezar y a vivir en Dios. María nos cobija, nos transforma en la fuerza del Espíritu y nos envía a ser apóstoles en el mundo. Los niños que crecen en esta atmósfera de oración, se contagian. Se trata de lograr atmósferas de Dios como el medio más eficaz para educar en la fe a nuestros hijos. Un ambiente familiar de alegría y esperanza, un ambiente positivo y constructivo, es la mejor atmósfera para educar. Los ambientes educan, nunca debemos olvidarlo. Donde reina María su presencia transforma los corazones.

¿Qué espacio tenemos en nuestra casa para rezar? ¿Qué atmósfera suele reinar en nuestra vida familiar? ¿Está todo marcado por la presencia de Dios y María?

4. El camino es cultivar una fe práctica en la Divina Providencia como familia. Se trata de buscar en todo la voluntad de Dios. Cualquier decisión que se toma ha de pasar por Dios y por María. No decidimos nunca solos. Le presentamos nuestros miedos y preocupaciones a Dios y buscamos cuál es su querer. En oración, en el Santuario hogar, buscamos el querer de Dios para cada día. No se trata de grandes decisiones, sino de las decisiones diarias que nos afectan como familia. Las voces del tiempo, las voces del alma y las voces del ser, se buscan en la cercanía de Dios. Si no existe esa cercanía es muy difícil profundizar y descubrir su querer.

¿Cómo tomamos normalmente nuestras decisiones en familia? ¿Cómo llegamos a saber lo que Dios nos pide?

Son sólo algunas pautas que pueden ayudar. Si en nuestra vida familiar hay más oración, la familia crecerá. Si Dios y María están más en el centro, la familia estará más unida y crecerá en el amor de Dios.